

Medardo Fraile

UN CASO EXTREMO

Fui enterándome poco a poco; todo era tan extraño que se necesitaban preguntas, cavilaciones y tiempo para atar cabos y completar la historia. Solo tenía once años y me pareció raro que el tío Serafín dejara de ir por casa.

—El tío está de viaje—, me decían.

—¿A dónde ha ido?

—Lejos, a varios sitios... Va a tardar en volver.

A la tía, sin embargo, la veíamos más que nunca, comía con nosotros casi a diario, se quedaba dormida en la mecedora, apenas hablaba y se la veía triste.

—Muévete, hija, y olvídate de eso de una vez; date paseos largos. Te estás poniendo que no te conozco: eres otra —le decía mi madre.

Y cuando no estaba en casa, comentaba:

—Hay que ver cómo se ha puesto. Es que de joven era de cine, tan delgada, tan guapa, llamaba la atención! Y ese mal hombre le ha destrozado la vida.

¿Qué mal hombre?, me preguntaba yo, y mi padre fumaba sin decir nada.

Yo sabía ya que mis tíos no habían podido tener hijos y él contó alguna vez, entre protestón y bromista, que su mujer le mantenía a dieta de macarrones a la piemontesa y huevos fritos con patatas, y que con su madre, de soltero, comía paellas, cocidos, pepitorias de gallina y tortillas de patatas con espárragos.

Y exclamaba riendo:

—¡Más me valiera haberme casado con mi madre... o con otra, para que me luciera más el pelo...!

Y los dos o tres días que dijo eso, o algo parecido, la tía se levantó de la mesa a punto de llorar, se marchó al dormitorio de mis padres y no acabó de comer. Y todos nos quedamos en silencio menos mi madre que, un día, le dijo:

—Los macarrones los comíamos en casa los domingos y mi madre nos enseñó a hacerlos. Ella solía añadirles un poco de albahaca y nuez moscada y a nosotras, a Lina y a mí, nos gustaban mucho...

—Sí, Emilia, pero lo poco gusta y lo mucho cansa...

Y al acabar la comida mi madre se metía un momento en el dormitorio a consolar a su hermana y salía callada haciendo algún gesto de conmiseración.

El tío —supe mucho después—, no estaba de viaje.

Vivía en Madrid con una señorita de Riaza, su pueblo, que había sido su novia, se veían aún de tarde en tarde y, al parecer, tenían una hija de meses. Yo pensé que, además, ella le haría al tío, como su madre, paellas, cocidos y tortillas. Y desde que en casa se supo lo de la niña, ellas llamaban al tío golfo, ese golfo, pero mi padre le llamaba

por su nombre, y a la que vivía con él, lagarta, esa lagarta, aunque un día oí que su nombre era Elvira.

Lo que le pasó a tía Lina empezamos a notarlo en casa.

Mi madre estaba algo inquieta o intrigada por el silencio de mi padre, que parecía no comprender aquel desconsuelo ni aguantar a diario hasta en la sopa el problema de Lina y, por si él pensaba como Serafín, dejamos de comer macarrones a la piemontesa una temporada, aunque a mí me gustaban.

La tía quería venir a vivir con nosotros y mi padre se negó en redondo:

—Que traiga a una chica del pueblo y que esté atendida por ella en su casa.

—Pero, ¿no te das cuenta, Víctor, de que mi hermana estaba enamorada de ese hombre, que lo está pasando fatal y lo mismo le da hartarse de comer que no comer, levantarse de la cama o vegetar en ella todo el santo día, vestirse o no vestirse, que no es capaz siquiera de abrir la puerta de su casa y que tiene encima una descompensación afectiva que es un peligro que esté sola, porque se pondrá peor?

—¿Y esa es la persona que quieres traer aquí? Convertiría la casa en un manicomio.

—¡Los hombres! ¡Qué sabréis vosotros de nada...!

—¡Que se busque otro! ¿Es que es tan difícil? A fin de cuentas no tenían ataduras, no tenían hijos...

La tía continuó en su casa, con Demetria, una medio pariente pobre que llegó del pueblo. Mi madre hablaba con la chica por teléfono o iba a ver a su hermana cuando podía y, a la vuelta, solo le decía a mi padre que estaba mejor, que lo iba superando, que, según el médico, la enfermedad seguía su curso, que parecía algo animada, pero no era verdad.

—Y cuéntame, ¿qué enfermedad es esa? —le preguntaba sarcástico mi padre.

Y ella le miraba sin decir palabra.

Un día fui a verla con mi madre y vi que se había convertido en un tonel. Y cuando volvíamos en el “metro” a casa, me dijo:

—De lo que hemos visto, ni media palabra a tu padre, porque ya ves cómo se pone. Lo que le pasa a tu tía, para que lo sepas, es que no tiene malicia, es buenísima, y lo que le ha hecho ese hombre no podía ni imaginarlo. Ha sido un mazazo para ella. Y ahora no para de decir que quiere ser la de antes, que quiere adelgazar para que vuelva él y que le va a hacer todos los platos que le gusten, porque Serafín la quería, pero esa lagartona le ha sorbido el seso... Y que se va a poner en tratamiento para tener hijos... Ha sido muy fuerte para ella y se va a volver loca... ¡Si tu padre se aviniera a hablar con Serafín..., porque esto a Lina le cuesta la vida...!

Pero mi padre continuó al margen del problema.

—Mira, Emilia, nadie en esta vida tiene garantizada la lealtad de otro o la felicidad... Estas situaciones llevan tiempo y son siempre difíciles, y yo no voy allí a mediar de sacristán... No, y menos si han tenido una hija... Lo que debe de que hacer tu hermana es calmarse y rehacer su vida...

—No sabe, Víctor, no sabe..., o no puede.

Todo siguió igual. O tal vez peor, no sé y al cabo de unos meses llamó Demetria asustada para que fuéramos —en plural: “vengan ustedes”— porque estaba grave y, añadió, “es como si hubiera estallado”.

—¿Estallado? Pero, ¿qué dices? —le gritó mi madre.

Cogimos un taxi y nos fuimos; mi padre le echó un brazo por la espalda a mi madre que trataba de contener las lágrimas, y no hablamos en todo el trayecto.

Encontramos a la tía encogida, como cinchada y ahogándose. Entre Demetria y mis padres la echaron en la cama y mi madre le abrió la ropa, que era estrecha y parecía, en parte, descosida o rajada, le desabrochó el sostén y la faja, y estaba suelta con los corchetes rotos, y el cuerpo lo tenía amoratado con rozaduras en la piel. Su respiración era ronca y mis padres pidieron a urgencias una ambulancia después de hablar con el médico y la llevaron a un hospital. A mí me dejaron con Demetria, aunque los dos queríamos ir.

Demetria tenía seis o siete años más que yo e iba por la casa de un lado a otro con la respiración agitada y las manos sobre el pecho.

—Tengo que llamar a mi madre al pueblo. Tú no digas nada...

Y la llamó delante de mí y le contó atropelladamente y con mucho sofoco, que ella estaba en la cocina cuando oyó un grito y un estallido y fue corriendo al cuarto a ver a Lina y tenía sangre en la nariz o en la boca y ella la dejó recostada en la pared porque trató de sentarla o acostarla y no podía; estaba tiesa, como impedida por la ropa, porque quería adelgazar o parecer más delgada a toda costa, y se daba dos y tres baños cada día con agua casi hirviendo que hasta humeaba en la bañera, y que ella le abrochó la faja algunos días porque había noches en que no se la quitaba, y le llevaba más de media hora conseguirlo de lo gorda que estaba, que más parecía hinchazón que gordura. Y lo que ella creía que había pasado es que dio un estallido y algo le debió de ocurrir también por dentro. Que su hermana y el marido se la

habían llevado al hospital, pero que ella sí, que ella estaba bien, aunque con muchas ganas de volver al pueblo, y que le dijera como estaba Lorenzo y por qué hacía ya tres semanas que no la escribía, que le echaba de menos...

Estuve con Demetria una semana y mi madre venía a llevarme a casa por las noches y, cuando murió mi tía y acabó mi exilio, le pregunté si se había muerto de un estallido porque, siendo de la familia, tenía miedo de que me pasara a mí lo mismo, deshacerme en pedazos como si fuera una bomba o un misil atómico, cosa que nunca había oído que le ocurriera a nadie. En realidad, no estoy seguro de que, en vez de aterrarme, me atrajera la idea, que me parecía original.

Mi madre se limitó a decirme:

—Nadie se muere así...

—¿Y en la guerra?

—Tu tía no estaba en la guerra, ¿cómo se te ocurre esa tontería?

Y yo pensé: "¡Qué lástima!"

Ella estaba tristísima y mi padre algo alcaído y, cuando volvieron del hospital, parecía ausente y hablaba preguntándose a sí mismo:

—¿Es posible morir por alguien que no te quiere y te deja? No..., es como si te abandonaran también la razón, la humildad..., y el amor propio... Pobre Lina... Hay que ser más duros en la vida; hoy no está el mundo para creer en compromisos ni en blanduras...

Hasta los quince años, les decía a mis amigos que mi tía había muerto de un estallido. Y corrí la voz y tuve que contarle no sé las veces.

—¿O sea que podemos estallar y morirnos sin que haya guerra?

—¡Pues claro! Lo mismo que mi tía —les contestaba.